

Centroamérica: la crisis continúa

José Miguel Rodríguez Zamora*

De la paz a la crisis

Como se recordará, el 7 de agosto de 1987 los cinco presidentes centroamericanos firmaron en Guatemala un acuerdo de paz que tiene el significativo nombre de "Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica". Para los centroamericanos fue un momento de grata sorpresa. Aunque no es el único ni el último documento, es el más importante porque señaló el inicio de un proceso de pacificación en el área. Un viejo anhelo se hizo realidad. Pero también fue sorprendente porque no se esperaba un acuerdo que expresara profundidad y sinceridad de parte de los presidentes signatarios en tan corto plazo. Este fue un paso optimista, no cabe duda, pero la realidad es diferente.

Dicho proceso de pacificación marcó una época cuyos alcances y consecuencias son aún poco predecibles. Lo que ya ha quedado claro es que ese acontecimiento, que ciertamente se puede considerar histórico, contribuyó a transformar las relaciones de la región. Los últimos diez años cambiaron y complicaron la realidad política centroamericana como no había ocurrido desde su independencia de España en el siglo pasado. Muchos esquemas teóricos se han roto y muchas prácticas políticas han desaparecido para dar paso a otras inéditas en la región.

Aunque se ha avanzado ampliamente en varios terrenos, como el internacional, el de la negociación, y el de la estructura formal de los procesos electorales, esto no significa la superación o solución de los problemas ni de las crisis. Debe quedar claro: los problemas más importantes de cada país centroamericano en particular y de la región en general

tienden a agravarse. No se ha resuelto el problema económico, nacional e internacional, ni el de conseguir estructuras estables de participación política; tampoco el de la concentración de poder, del agro y de la tenencia de la tierra, de los grupos étnicos marginados, de la vivienda, alimentación, salud, trabajo o educación. Poco se ha logrado en el control de la violencia y las violaciones a los derechos humanos, de las fuerzas armadas, la injerencia creciente de la voracidad norteamericana, o la miopía de las oligarquías de la región. Sin ser adivino de malos presagios, se puede afirmar que la situación centroamericana, tanto en la esfera de lo público como de lo privado, constituye una bomba de tiempo que sólo puede ser desactivada con la justicia social y la plena participación democrática o con la violencia, la ideología y la represión. La crisis no ha desaparecido, pero está adquiriendo una nueva fisonomía. Quizás la verdadera.

Centroamérica es una tierra de esperanza y de incógnitas. Esperanza porque a pesar del dolor, la violencia y la explotación, su gente sueña con un mundo de equidad y justicia, donde los rigores de la dependencia política y económica den paso a una sociedad de mayor desarrollo, con una participación democrática más libre. Es el anhelo de paz en una región donde voraces conflictos geopolíticos destruyen la convivencia interna y violentan el mapa internacional.

Hoy se suele decir que está de moda estudiar Centroamérica. No se debe compartir esa opinión. Es cierto que continuamente aparecen estudios, monografías y libros sobre el tema de la región centroamericana, algunos muy serios, otros vacíos y presuntuosos. Estudiar Centroamérica no es una moda sino una necesidad. No corresponde a un interés pasajero de eruditos locales o internacionales sino

* Director de la Escuela de Ciencias Políticas, Universidad de Costa Rica.

a una obligación de contribuir a conocer esta parte del mundo, sus problemas, sus amenazas y sus posibilidades. Son muchos, quizás demasiados, los estudios que tratan de explicar Centroamérica. No queda prácticamente ninguna región del área, de estos 508 895 kilómetros cuadrados, por explorar. Aún las zonas montañosas y alejadas han sido fotografiadas palmo a palmo, generalmente por razones militares. Sin embargo, pocos enfoques han rescatado la dimensión humana, vital, del centroamericano. Habría que tratar no sólo de explicar el aspecto antropológico, socio-político, económico, militar o ecológico sino además compartir el anhelo y la esperanza, la profunda dimensión de la vida cotidiana, con sus deseos de liberación.¹

Por otra parte, ha quedado claro que no es posible el examen de la democracia en la región sin el estudio de las grandes tendencias a nivel internacional. La interrelación cada día más frecuente y profunda de los cambios regionales y de los procesos de carácter internacional —incluso en ocasiones con un impacto mundial global— no permite soslayarla en el análisis actual.

Especial mención requiere el profundo cambio ocurrido en los países de la Europa Oriental. Una de las consecuencias de las transformaciones del socialismo ha sido la de derrotar, es decir, hacer disfuncional, la ideología anticomunista que desde los años treinta ha jugado un peligroso papel, especialmente en la región, en la supuesta defensa de una inexistente democracia.² Es evidente que Europa oriental se ha convertido en el principal competidor de América Latina. El interés despertado por los procesos de cambio en aquella región del mundo, atrajo la atención, el dinero y la ayuda de los países industrializados en detrimento de la que recibían los países latinoamericanos, disminuyéndolos en casi todos los rubros de una forma sustancial.

De igual manera, la conformación de la Comunidad Europea tiende a transformar las relaciones entre los países europeos y los latinoamericanos. Deben esperarse cambios importantes en aquellas relaciones tradicionales entre España, Portugal o Italia con varias de las naciones del continente. En Centroamérica su disminución se hará sentir no sólo en su apoyo solidario con las luchas de los pueblos centroamericanos, sino en la asistencia social, técnica o económica.

Este trabajo no pretende dar respuesta a las preguntas sobre la situación centroamericana. Constituye, más bien, un conjunto de preocupacio-

nes, cuestiones e hipótesis y una visión, no tan optimista, sobre el presente y el futuro de la región.

Democracia en Latinoamérica e inestabilidad centroamericana

¿Cómo se inscribe la situación centroamericana dentro de los procesos de democratización de América Latina?

En el caso más amplio de Latinoamérica se ha hablado de una transición democrática para expresar el paso de una situación política de dictadura a una democracia constituida y constitucional. Este proceso, si bien ha tenido muy importantes beneficios y ha traído logros destacados, no constituye en sí mismo ninguna garantía de permanencia o estabilidad. Se está frente a lo que algunos autores han llamado democracias inciertas para destacar el carácter inseguro y poco firme de las mismas. Otros las han caracterizado como democracias formales, es decir, regímenes políticos donde priva una institución jurídica de carácter democrático pero sin las estructuras de base socio-económicas que le sirvan de soporte y de retroalimentación continuada, incluyendo la participación ampliada. También han sido consideradas como democracias impuestas señalando con esta expresión el papel jugado por intereses extrarregionales, concretamente norteamericanos, en propiciar este tipo de forma política en detrimento de las antiguas dictaduras a las que esos mismos intereses habían apoyado anteriormente, y con la esperanza de que esta relativa estabilidad fuera propicia para aumentar los mercados, proteger las inversiones, etc., así como garantía de legitimación internacional.

Estas notas características de las recientes democracias latinoamericanas inciertas, formales, impuestas expresan una obvia realidad: la democracia no es sólo un aparato jurídico-formal de participación, ya sea ésta restringida o ampliada, como pretende la ideología neoliberal, sino que presupone un proceso de recomposición socio-económica de la base social integral y de sus estructuras jurídico-políticas concomitante y consecuentemente. Así como se ha dicho que "sin paz no hay democracia" habría que decir que sin justicia social no hay ni paz ni democracia. Esta consideración de la ética política constituye también un elemento de carácter funcional ya que sin él no habría ni estabilidad política ni desarrollo democrático. El cambio social, las transformaciones o revoluciones

que se generan sin cesar en estas latitudes responden, precisamente, a este enunciado que se ha convertido en paradigma de la acción política y de la acción social de la región latinoamericana y del área centroamericana de forma muy particular, aunque, por supuesto, no son las acciones de los políticos, de los ejércitos, ni de los intereses del mercado internacional, quienes imponen sus propias consideraciones.

En particular hay que mencionar las dos vertientes de la participación democrática en América Latina.

Por un lado están los procesos de democratización que se caracterizan por una transición a la democracia debido a la incapacidad de los regímenes militares de solucionar los graves problemas ocasionados por la crisis. Como se ha dicho, se le ha otorgado a los civiles la administración de la crisis, pero eso no ha significado la renuncia de su capacidad represiva ni su desaparición. Aquí hay que llamar la atención sobre la diversidad de los mismos, pues revisten características particulares ya sea en el Cono Sur, en el Caribe insular o en Centroamérica. El mismo caso de Nicaragua en muchos sentidos resulta diferente por la profundidad de sus transformaciones y por la participación popular. Es evidente que en Centroamérica, con la excepción de Costa Rica, se trata de democracias inciertas, y todas con fuerte carácter formal y que sufren el peso de la imposición.

Ciertamente, el pragmatismo en la utilización de teorías y conceptos, el gradualismo en la sugerencia de propuestas y el deseo de mayor justicia social (mejor y más adecuada distribución de bienes y servicios y de participación en el poder político) constituyen ingredientes importantes para el estudio de las democracias latinoamericanas. Muchas cuestiones están abiertas: la redefinición del espacio político, el carácter de la legitimación y el papel que desempeñan las elecciones, la presencia siniestra de las fuerzas armadas locales, los escuadrones de la muerte y la amenaza de la intervención militar, el papel ambiguo de la iglesia y las formas autóctonas de religiosidad popular, la capitulación de los intelectuales y el retroceso tecnocratizante en las universidades, la recomposición del capital, la dependencia tecnológica, entre otros. Todos estos aspectos de la sociedad centroamericana inciden de manera inolvidable sobre el problema de la democracia.

De lo anterior se desprenden varias preguntas de carácter dramático: ¿Los procesos de democratiza-

ción que se han iniciado en América son sólo coyunturales o son estructurales? ¿Constituyen el inicio o son más bien un paréntesis? ¿Contribuyen al desarrollo de la participación popular o constituyen una medida emergente para obstaculizar la misma? Y, como siempre, habría que preguntarse a quién perjudican y a quién benefician.

Las democracias son sistemas políticos muy frágiles. No son eternas. Las violentas rupturas democráticas de Chile y Uruguay confirman de nuevo este aspecto, pues democracias que parecían sólidas se derrumbaron rápidamente. Este hecho se vuelve más significativo en Centroamérica donde no hay democracias estables ni con larga tradición. La excepción de Costa Rica confirma la regla. Pero su tradición ya centenaria y su estabilidad no son una garantía absoluta de permanencia.

Ni las reformas en los países de la Europa Oriental, ni los resultados de los procesos electorales en Centroamérica significan "un giro a la derecha" como se ha afirmado malintencionadamente. Más bien corresponden al resultado de un largo proceso de toma de conciencia popular y de la opinión pública que ha decidido orientar la política de una forma más pragmática frente a la crisis. La situación es más compleja pues no significa ni un triunfo de la derecha neoliberal ni un fracaso de la izquierda. Estas connotaciones han perdido su sentido tradicional frente a la necesidad de sobrevivencia. ¿Estos resultados electorales constituyen un cuestionamiento del sistema socio-político o sólo del gobierno?

Sin embargo, la situación actual confunde el panorama de la distinción tradicional entre la esfera de lo público y de lo privado. La dimensión política penetra en las diversas actividades humanas sin excepción. Aquí casi se podría afirmar que "todo es político" sin el contrapeso necesario de que "la política no lo es todo". Pero, evidentemente, no para todos.

De nuevo el subdesarrollo

En este sentido, el proceso de paz de la región no puede olvidar su base social y las necesidades económicas. De hecho, los acuerdos posteriores (Tela, San Isidro, etc., así como el más reciente firmado en junio de 1990 en Guatemala) aunque con gobernantes de una línea más conservadora, rescatan los aspectos económicos propios del desarrollo de estos países pues se hacen insoslayables.

En la década pasada la fuerte embestida del oleaje neoliberal trajo el desinterés por los problemas globales del desarrollo. Hoy Centroamérica despierta de esa ilusión porque al confrontar con la realidad aquella teoría, descubre con preocupación que la técnica contable y la magia del mercado absoluto no fueron capaces de resolver los acuciantes problemas sociales. También la gente debe comer.

Sin embargo, las perspectivas para el desarrollo futuro de la región no son optimistas. Por una parte el peso de la deuda externa, creciente en forma inexorable, y por otra, el repliegue de la colaboración internacional —no la “ayuda”— tanto diplomática, como política y financiera, obligan a un fortalecimiento del reacomodo del poder, que ya se estaba dando en la región. Parece más bien, en algunos países como El Salvador y Guatemala, el auge o recrudecimiento de la violencia y de la incapacidad de lograrse un acuerdo político negociado.

Algunas perspectivas han destacado que la democracia es un factor necesario para el desarrollo. Sin embargo, sólo han puesto su atención en el proceso de participación política pero no en la base de la democracia. Tal es el caso del informe de la Comisión Sandford que afirma que “una de las causas del conflicto en Centroamérica es la falta de democracia”. Y, allí mismo dice “La Comisión parte de la premisa de que la democracia fomenta el desarrollo equitativo y promueve la paz”.³ A pesar de la amplitud de conceptos señalada en otros lugares, esta noción de democracia vuelve a ser restrictiva, como ya se ha mencionado.

El debate sobre la relación que existe entre la economía, la política y el pensamiento ha sido fructífero y permanente, en particular desde la década de los años cincuenta. A esto ha contribuido la discusión sobre la dependencia en América Latina, el papel del capital externo en la política y en las economías nacionales de la región y los estudios sobre los modelos de organización socio-económica.

En la Centroamérica contemporánea el debate se inscribe dentro de las propuestas más amplias de transformación mundial. Pero el peso de la dependencia ha obligado a pensar las cosas desde otra óptica: desde la supervivencia del más débil. Es decir, desde el que sufre las consecuencias de los procesos sin poder tomar decisiones propias.

Lo privado como dominio público

La tradicional distinción entre la esfera pública y la privada, fruto del ascenso de la burguesía europea y cuya máxima expresión ideológica ha sido el liberalismo, no corresponde a la práctica socio-política centroamericana. En ese contexto la esfera pública y la democracia aparecen unidas de forma indisoluble. El concepto liberal de democracia se formó como expresión de las virtudes privadas de la burguesía en el ámbito público. Lo económico, lo político, y el mundo de las representaciones se distanciaron en la mente del ciudadano de manera equidistante, aunque en la práctica se dan conjuntamente. Desde una base económica Francisco de Oliveira ha insistido en lo siguiente: “Esta esfera pública es, en los países capitalistas, sinónimo de democracia, simultánea o concomitantemente, y a lo largo del tiempo, los avances sociales que dibujaban el acceso y la utilización del fondo público entraron en un proceso de interacción con la consolidación de instituciones políticas democráticas. Para todos los efectos podemos considerar la construcción de la esfera pública y la democracia representativa como hermanos siameses”.⁴ Pero el espacio de lo privado no es el mismo para todos. Las grandes masas de desposeídos y de desplazados (refugiados) carecen de la amplitud y de las garantías adecuadas para el desarrollo normal. La violencia y el temor generado por la frecuente violación de los derechos humanos están presentes siempre en la conciencia del centroamericano. Por supuesto que hay diferencias significativas, por ejemplo, entre la sociedad costarricense y la de El Salvador o Guatemala. Pero la generalidad se mantiene e incluso en aquel país de tradición democrática, los problemas sociales, económicos y políticos y el avance de la represión militar tienden a aumentar. La presencia de la crisis genera una mayor represión frente al descontento popular que sufre las consecuencias de las medidas impuestas por los “ajustes estructurales”.

Se ha dicho, muy acertadamente, que “la repulsa del totalitarismo es la indispensable condición, a la vez, de la defensa de la persona humana y de la salvaguarda de la verdadera esencia de lo político”.⁵ Pero, ¿cuál repulsa del totalitarismo cabe frente al incremento de las fuerzas militares, al descenso del ya exiguo ingreso per cápita, de la destrucción ocasionada por los desastres naturales y frente a la presencia militar, política y económica de los EEUU, a la deuda externa y a la fuga de capitales?

El juego del poder se convirtió en el juego de la represión y del cierre de alternativas. Privadas y públicas. Se puede adelantar la hipótesis de que tanto el proceso de formalización electoral como el desarrollo de políticas públicas sólo juegan un papel: servir de mecanismos de legitimación política a las fracciones dominantes. En este sentido vienen a ser complementos del ejército, y de la ideología. Así forman parte de los frecuentes mecanismos de control social, represión y legitimación. ¿Qué alternativas le quedan al individuo? Parece que no muchas.⁶

El asesinato de los jesuitas el año anterior constituyó un ataque organizado y planeado contra teólogos y sacerdotes que trabajaban al lado de los sectores marginados. Este doloroso hecho ha dejado muchas enseñanzas. Una de ellas es la de comprender el alcance de la creciente arremetida de los sectores militares y de las oligarquías —con otros apoyos— en contra no sólo de las prácticas liberadoras sino de la reflexión crítica. Como es sabido, la teología de la liberación es uno de los grandes aportes teóricos que América Latina ha dado al pensamiento universal.⁷ Su origen se encuentra en las prácticas populares, en la religiosidad del pueblo creyente que es mayoritario en esta región. Pero también porque ilumina la realidad y da sentido a la acción práctica. Ese doloroso hecho ocurrido en El Salvador, además ha permitido ver la incapacidad de los gobiernos "democráticos y civiles" de sancionar a los responsables, a pesar de la presión internacional.

La conciencia religiosa es, en este aspecto, conciencia política, es decir, identificación de la práctica pública con la opción de fe personal. Y no debe sorprender a nadie que en el ámbito de lo íntimo irrumpen, como en los primeros siglos del cristianismo, los mecanismos de dominación y de poder.

Por otra parte, el papel de los movimientos religiosos y de la práctica religiosa en general, ha tenido importantes consecuencias para la acción política. Baste recordar el significativo apoyo a la revolución sandinista por parte de grupos religiosos, comunidades de base y de teólogos. En este sentido la religión tiene también el papel ambivalente tanto de apoyar como de cuestionar los sistemas establecidos.

Hace unos años se habló mucho sobre los movimientos populares en Centroamérica.⁸ Hoy ya no se habla de ellos. No porque no existan, sino porque su capacidad de movilización política no ha sido lo

efectiva que se esperaba. Ciertamente, se había insistido en que la transformación conceptual y activa de los movimientos populares de la región condujeron a una práctica política liberadora y revolucionaria, pues pasaron de formas de organización social limitada hacia propuestas políticas alternativas generales. Aunque las diferencias sociales y políticas se mantienen e incluso se agudizan, como es el caso de las distancias étnicas, también los procesos populares generales adquirieron un carácter diferente: aceptación de las reglas del juego político formal (Nicaragua), la búsqueda de soluciones políticas compartidas en la mesa de negociaciones (El Salvador), la fuerza de una represión más violenta (Guatemala), la incapacidad de la organización (Costa Rica), etc. Aunque no deben subestimarse los avances en este campo, por ejemplo en la afirmación de los derechos populares, en la búsqueda de la paz en los procesos de negociación, en la conquista de un espacio nacional e internacional y una voz que sea escuchada, ello también deberá ser colocado en su justo lugar: más en el de la esperanza que en el de la consecución. Pero es evidente que al no estar resueltos los problemas de las mayorías esta situación se torna inestable, precaria y explosiva. ¿Qué camino tomarán las masas populares centroamericanas frente a la agudización de sus condiciones de vida? Muchas de las incógnitas sobre el futuro de la región dependen de la respuesta a esta pregunta.

Integración centroamericana

Nuevos vientos traen nuevas prácticas políticas. Los procesos de integración mundial obligan a replantearse las formas de organización política del área. Los europeos marcaron la pauta en el proceso de integración. Los norteamericanos y canadienses no se quieren quedar atrás. Pero los latinoamericanos aún no lo han visto claro. Centroamérica tiene el agravante, además, de la fuerte presión internacional por ser una zona de importancia geopolítica en el Caribe.⁹

El proceso de integración centroamericana sólo puede consolidarse si cuenta con el aval del gobierno norteamericano. Pero, ¿qué intereses pueden tener? Evidentemente dos muy claros. Por un lado requieren ampliar los mercados, es decir, desarrollar un proceso de industrialización que sirva de respaldo a su economía externa, y aumentar la capacidad de adquisición. Por otro lado significa reunir en un solo

frente común a los cinco países para neutralizarlos entre sí y mantener una negociación más fluida. Es, como dice el refrán popular "poner a todos los gatos en un mismo canasto". Logrado este proceso los norteamericanos podrían obtener esos dos "beneficios" económico y político. Sin embargo, el proceso no es tan sencillo. Es claro que los propios centroamericanos pueden obtener muchos logros positivos con el proceso de integración al fortalecer las economías nacionales, crear un frente de negociación común, mejorar la eficiencia del sector público, crear incentivos para exportaciones no tradicionales, realizar procesos de ajuste compartidos, reforzar los lazos de unión culturales e históricos, establecer políticas sociales comunes, tales como en electrificación, transportes, medidas arancelarias, etc.

El aspecto político es el más delicado y el más difícil de implementar. La integración no es sólo un proceso formal, esto es evidente, lo que no es tan evidente es el conjunto de consecuencias que podría traer no sólo de tipo económico como las mencionadas o administrativas y políticas. Más bien deben considerarse los aspectos de la convivencia social del centroamericano sumido entre dos variables: la miseria y la guerra. En este punto la experiencia de los países europeos es una guía y un ejemplo significativo al cual Centroamérica debe prestarle atención. La integración puede ser un sustituto de la guerra y de la miseria.

En todo caso, la integración centroamericana, un viejo sueño que viene desde la época colonial y que ha tenido una historia tormentosa, aparece en el horizonte del centroamericano como una posibilidad.

El futuro ¿será como el presente?

En este trabajo se ha querido presentar al lector algunos aspectos significativos del presente y algunas hipótesis sobre el futuro de Centroamérica. La persistencia de la crisis, la necesidad de profundizar en la democracia, la lucha contra la dependencia y el subdesarrollo, el conflicto entre lo público y lo privado, así como el proceso de integración son sólo algunos temas del complejo panorama de la región. No es este un trabajo científico en el sentido tradicional de la palabra, es más bien un conjunto de preocupaciones sobre una región y su gente que merecen mejores condiciones de vida, de solidaridad, de justicia y de paz. Las conclusiones del documento titulado *América Central hacia el 2000* rescatan lo referente al desarme gradual y la pacificación, la

consolidación de las democracias y la democratización de la sociedad, proponen un desarrollo desde dentro, una regulación del crecimiento poblacional, la protección de la naturaleza y del ambiente así como una reflexión sobre la integración.¹⁰ Estos son, en efecto, problemas centrales en la organización de la región. Pero que deben verse no como datos curiosos del investigador desapasionado sino como un esfuerzo por construir una sociedad mejor.

La pobreza y la guerra son realidades continuas en la vida cotidiana del centroamericano. También la alegría y la esperanza. Por eso hay dolor pero no desánimo.

Notas

1 La investigación actual tiene una serie de distinciones más precisas de las que aquí se van a utilizar. Lo que se pretende en este trabajo es plantear una serie de cuestiones fundamentales rescatando el proceso socio-histórico de la región, de una forma global y comprensiva.

2 Como es sabido, una característica sobresaliente de la época de la Guerra Fría fue el papel de la ideología anticomunista. Para América Latina esto tuvo consecuencias nefastas y sangrientas. Actualmente la derrota del anticomunismo no implica el repliegue de la ultraderecha ni del militarismo ni de las acciones terroristas por ellos perpetrados. A pesar de que la invasión a Panamá ha querido ser justificada con la ideología del narcotráfico, no parece ser ésta la que sustituya al anticomunismo.

3 Informe de la Comisión Internacional para la Recuperación y el Desarrollo de Centroamérica, *Pobreza, conflicto y esperanza: un momento crítico para Centroamérica*, Durham y San José, Duke University, 1989, páginas 2-3.

4 Oliveira, Francisco de, El surgimiento del antivale. Capital, fuerza de trabajo y fondo público, *Cuadernos de ciencias sociales* núm. 27, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), San José, 1989, página 20. El enfoque de la esfera privada adoptado por este autor es una de las pocas reflexiones sobre el tema desde el contexto de la dependencia y el subdesarrollo. Su análisis parte de la tesis de que "el patrón de financiamiento público hizo estallar el valor como única base de la reproducción ampliada del capital, deshaciéndolo parcialmente en cuanto medida de la actividad económica y de la sociabilidad en general". Es un enfoque, por lo tanto, desde el modelo económico y de la crisis del estado de bienestar. Seguiremos algunas ideas expuestas en ese trabajo aunque no podremos entrar en esta discusión pues la perspectiva aquí seguida es diferente.

5 Coste, R., *Las comunidades políticas*, Barcelona, Herder, 1971, página 45.

6 Se han realizado numerosos estudios, generales y de casos específicos, sobre el papel desempeñado por las políticas públicas como medios del juego político, es decir, de la búsqueda de legitimación, de la permanencia en el poder y de apoyo popular. El populismo latinoamericano, que parece no haber desaparecido del todo, es un ejemplo significativo. Sobre este papel de las políticas públicas en América Latina, con datos interesantes sobre

Centroamérica, puede consultarse el trabajo de Barry Ames, *Political Survival. Politicians and Public Policy in Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1987.

7 Se puede considerar que la teología de la liberación es, efectivamente, una rigurosa reflexión, original y novedosa, sobre la práctica vivencial a partir de la fe, que ha enriquecido el acervo, no sólo de la teología católica, y cristiana en general, sino del pensamiento universal. Si bien ha tomado valiosos elementos de la tradición europea y se inscribe dentro de la tradición ortodoxa, no por ello deja de ser una visión renovadora y propia, en su origen, de este continente. Entre otros aportes que América Latina ha dado al pensamiento universal hay que mencionar el modernismo en la literatura y la teoría de la dependencia en las ciencias sociales.

La bibliografía sobre la teología de la liberación es muy abundante. Como visión de conjunto, y de manera solo ilustrativa, cabe mencionar las siguientes obras: Julio Lois, *Teología de la liberación. Opción por los pobres*, San José, DEI, 1986; Samuel Silva Gotay, *El pensamiento cristiano revolucionario en América La-*

tina y el Caribe, Puerto Rico, Cordillera-Sigueme, 1983; Juan José Tamayo, *Para comprender la teología de la liberación*, Navarra, Verbo Divino, 1989.

8 Un significativo trabajo sobre el tema es el coordinado por Daniel Camacho y Rafael Menjivar, *Movimientos populares en Centroamérica*, San José, EDUCA, 1985.

9 El proceso de integración mundial en general y de la integración centroamericana en particular merece una cuidadosa y profunda reflexión. Algunos estudios importantes sobre la integración centroamericana son los siguientes: Luis R. Cáceres, *Integración económica y subdesarrollo en Centroamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980; Juan A. Fuentes, *Desafíos de la integración centroamericana*, FLACSO-ICAP, San José, 1989; Alfredo Guerra Borges, *Hechos, experiencias, y opciones de la integración económica centroamericana*, San José, FLACSO, 1987.

10 Varios, *América Central hacia el 2000. Desafíos y opciones*, Caracas, Nueva Sociedad, 1989.

TRACE

Travaux et Recherches dans les Amériques du Centre
REVISTA TEMÁTICA SEMESTRAL

Hacer sus pedidos a:

CEMCA
Embajada de Francia
Sierra Leona, 330
Apartado Postal 41-879
11000 México D.F.

